











escrupuloso en la eleccion de medios... desde luego, y es lógico el pensar...

Rodolfo hizo un gesto de negacion enérgica.

—Bueno, bueno! No sois vos,—replicó Secretain.—Estoy plenamente convencido, y el deseo que manifestásteis hace un instante testimonia sobradamente vuestra inocencia. Veamos... ¿la proposicion que os he hecho, os agrada y la seguís aceptando?

—Ah! más que nunca.

—Todo lo bueno acaba bien!

—Por otra parte, estoy lejos de participar de vuestras impresiones. y de tener la ligereza con la cual me acusáis a mí propio; imagino que vuestras suposiciones no se estravian menos respecto a la persona del baron de Lippari.

—Lo creéis?

—El baron me ha mostrado muchas simpatías hasta este momento, y ha puesto en sermoneo un celo tal vez excesivo... Mas de esto a dar fé a vuestras insinuaciones...

—No hay más que un paso.

—¿Qué interés personal podría él tener en esta aventura?

—Le descubrirémos.

—Entonces persistís...

Secretain se sonrió y en sus ojos brilló un rayo pícaro.

—Persisto—con tanta más razon—respondió,—cuanto que vos mismo no parecéis sincero cuando tomáis la defensa de Lippari.

—¿Qué queréis decir?—dijo Rodolfo sobrecogido.

—Eh, sin duda! Tengo el ojo americano, no lo olvideis, y no he nacido ayer; pero al veros así, fingiendo por la linda Rosa, que os ama, un amor que jamás habeis experimentado, tratando por vuestra nueva actitud distraer la atencion de Lippari y pretendiendo, en fin, un objeto que no es otro, estoy seguro, que el que yo prosigo por mi lado, he comprendido enseguida que jugáis la comedia de la indiferencia, y esto es lo que me ha inspirado la resolusion de descubrirme a vos... ¿Me he equivocado?

En vez de responder Rodolfo dirigió a su alrededor una mirada inquieta, como si temiera que un oido indiscreto hubiera sorprendido las palabras de su interlocutor.

—¡Oh! no temáis—dijo este,—he tomado mis precauciones. Esta puerta está cerrada y nadie puede oírnos. Hablad francamente: ¿he adivinado?

—Sí,—respondió Rodolfo en voz baja.

—¿Queréis saber...?

—Eso es.

—Y os sentís dispuesto a tener confianza en mí?

Rodolfo hizo un signo afirmativo.

—Ni una palabra más, esto es suficiente,

—dijo Secretain.—Volved entre bastidores, jugad, reid, hablad, no deis suponer a nadie que teneis en el espíritu alguna sombra de preocupacion; prometed a Rosa todo lo que quiera, exceptuando esta noche, que me pertenece, y cuando noteis que el baron se dispone a salir, ganad la puerta, salid tras él sin que lo comprenda.

—Mas vos, vos! ¿dónde os encontraré?

Secretain sonrió con benevolencia.

—Yo!—replicó con una inclinacion de ojos,—os esperaré en un carruaje, cuyo cochero es un amigo, y donde habré tenido tiempo de cambiar de traje. El fiacre en cuestion se estacionará al otro lado de la calle, y para que no pueda haber ningun error os daré el número. ¿Está bien convenido?

—¡Sea!—contestó Rodolfo.

—Hasta muy pronto, entonces.

—Sí, sí, hasta muy pronto; y que Dios haga que salgais bien del asunto que vais a emprender.

Al decir estas palabras se levantó y entró en los salones.

La primera persona que apercibió fué Rosa Pompon, que había tomado el brazo de Lippari, y parecía embebida en una conversacion de gran interés, cuando no notó la presencia de Rodolfo.

Estaba animada; una audacia y una resolusion extraordinaria se traslucian en su rostro y el baron la llamaba en vano a la moderacion y a la calma.

Pasaron cerca de él hasta tocarle y pudo entender algunas palabras de su conversacion.

—¡No, no; no quiero que eso sea!—dijo la jóven con tono ardiente.—Es una traicion, y yo desbarataré vuestros proyectos.

El baron frunció las cejas.

—¡Cállate!—replicó—¡cállate! y sobre todo ten cuidado con lo que vas a hacer.

—No temo nada.

—Te ha agraviado tal vez.

—Se lo diré todo.

—Y si tú haces eso, mirame bien, reten mis palabras... si tú haces eso...

Rodolfo no pudo entender más; pero en el acento con que estas palabras habian sido pronunciadas, en la palidez que invadió las facciones de la jóven cuando las hubo oido, supuso algun misterio de sangre o de infamia.

Se perdió entre la muchedumbre, y una hora más tarde encontró de nuevo a Rosa Pompon.

Estaba pálida, agobiada; una especie de desvario se notaba en su mirada.

—¿Qué teneis?—interrogó Rodolfo con interés.—Parecéis inquieta, turbada.

Rosa sacudió bruscamente la cabeza.

—¡Ven!... ¡ven a toda prisal... ¿entiendes? ¡a toda prisal! Es preciso impedir semejante homicidio... ¡no perdamos tiempo, apresurémonos!

Y se lanzó adelante, seguido por Chretien, que no comprendía nada de este cambio inesperado, y estaba a punto de creer que su compañero acababa de ser súbitamente atacado de locura.

No habian andado cincuenta pasos cuando el baron suspendió su marcha, profiriendo una imprecacion de furor.

Una detonacion acababa de oírse en la direccion de la calle.

—¡Ah... el desgraciado!... ¡el desgraciado! gritó.

Y presa de un sentimiento lleno de desorden, emprendió su marcha y llegó en pocos pasos al lugar de donde la detonacion habia salido.

Un horrible espectáculo le esperaba.

Secretain, herido en mitad del pecho, habia rodado sobre el pavimento del patio y se retorcía sangriento en atroces convulsiones.

El Filósofo se habia precipitado sobre él y examinaba con feroz atencion el estado de su herida, mientras que Bervic apuntaba a Rodolfo con su revolver.

Un segundo más tarde, ¿qué hubiera sido de este último!

Lippari se precipitó sobre Bervic, le arrojó el arma y le arrojó lejos.

Todo esto pasó con la rapidez de un rayo.

Bervic, sobrecogido, irritado, habia lanzado una traidora mirada al baron, mas este no pareció poner atencion y marchó enseguida hacia Rodolfo, que a su vez se disponia a hacer fuego sobre su adversario.

—¡Ah! luego a tiempo!—dijo el baron con tono exaltado.—Habeis sido muy imprudente, caballero, en mezclaros en semejante aventura!

—Mas vos mismo...—buceó Rodolfo, que en el colmo de la sorpresa trataba de aclarar el papel que jugaba el baron.

—Yo, yo!—respondió este último.— Mi presencia aqui se explica ella sola: conocia la desaparicion del conde desde ayer, buscaba sus huellas, y hasta esta noche no le he encontrado.

—¿Veniais, pues, para salvarle?

—Y le salvaremos los dos! Dejadme hacer, no digáis nada. ¡fiad en mí!

El baron dirigió entonces un gesto imperioso a Bervic y se inclinó hacia el filósofo.

—Levantad a este hombre,—dijo en voz baja;—es preciso que no vuelva en sí, comprendéis? y hacer de manera que no le oigan hablar.

Después, volviéndose hacia Chretien:

—Ven,—añadió,—nada está perdido todavía: condúcenos háci: el conde y procura

sacar provecho de todas las circunstancias que se puedan presentar.

Chretien dió algunos pasos para entrar en la casa, y Lippari invitó a Rodolfo a seguirle.

Desaparecieron.

XIX.

Entre tanto, desde la vizpera, la condesa estaba presa de la más punzante inquietud, y de dolorosas angustias.

Su hijo habia desaparecido, y nadie habia podido decirle lo que le habia ocurrido.

Habia pasado un dia horrible, esperando siempre alguna nueva, llamando a Dios en su ayuda, no atreviéndose a creer en la realidad de una desgracia. Se preguntaba, en fin, si era posible que el cielo le hubiera reservado esta prueba, más terrible cien veces que todas las que hasta entonces habian desgarrado su corazón maternal.

Habia visto a Secretain. El señor Saurin mismo habia ido a asegurarle el celo que empleaba; todos los empleados de la seguridad pública andaban en un pié. Debían remover todo Paris y buscar al jóven conde; y no era posible que no encontraran la pista de los culpables y que no estuviesen antes de mucho bajo la mano de la justicia.

A decir verdad, la condesa se interesaba poco por los culpables; lo que ella queria era a Luciano, y cada hora que pasaba aumentaba su terror.

Al rayar el dia ya no pudo más. Habia contado todas las horas, con el oido atento, contentando la respiracion; se impresionaba al menor ruido.

No sabia a punto fijo la verdad de lo ocurrido, ni qué clase de sufrimientos le esperaban aun. Mas una turbacion desconocida mezcla de inquietud y de desesperacion, se habia apoderado de ella, por más que esta situacion ora aun dominada por una fé inquebrantable en la bondad divina.

Llamó a su doncella.

—¿No ha venido nadie?—preguntó con el corazón oprimido y los ojos bañados en lágrimas.

Ella sabia, sin embargo, perfectamente que nadie habia llegado; mas queria burlar así su propia inquietud.

Ivona contestó que habia pasado la noche del mismo modo que su señora, y que no se habia presentado nadie con noticias del conde.

—Pues bien, di que enganchen,—interrompió la condesa bruscamente.

—¿Va a salir la señora?

—Sí, anda, marcha pronto.

—Mas, son escasamente las ocho.

—No importa, marcha y no pierdas un momento.